

# Vientos del este

Florencia Núñez, la cantautora rochense que hoy presenta su disco debut en la Zitarrosa

No es la primera vez que Florencia Núñez canta en la sala Zitarrosa, pero igual está ansiosa. Hoy presenta allí *Mesopotamia*, su primer disco, editado de forma independiente, a pura autogestión. Un puñado de canciones que sintetizan la búsqueda de la libertad con historias simples y cotidianas, pedaleadas en bicicleta en su Rocha natal. La presentación de este trabajo nos sirvió de excusa para hablar con esta joven artista, que se perfila como una de las revelaciones del año.

—¿Cuál es el principio de todo esto?

—Depende cuál. El de mi vida es el 21 de febrero de 1991, según me contaron. Ciudad de Rocha, calor y un sanatorio que está a dos cuadras de mi casa. Otro principio: de niña siempre quise un micrófono. Tuve uno, de los que se conectaban a la frecuencia de la radio, pero no servía para nada. Ésa fue la inversión de mis padres, un micrófono de juguete, y después otro con eco, que estaba buenísimo.

—¿El comienzo es el canto?

—Empezó por ahí. Me gustaba cantar cualquier cosa, desde un jingle hasta el himno. En tercer año de escuela llegó el coro, un coro departamental en el que ensayábamos una vez por semana. Para mí era religioso asistir, aunque mi hermano me gastaba. Somos tres hermanos, el mayor tiene diez años más y el menor dos menos que yo. Soy la del medio y mujer, blanco fácil. En esa época tendría ocho años y duró toda la etapa escolar; recuerdo que vinimos a Montevideo a cantar, fue toda una experiencia.

—Otro comienzo es a los 15, cuando convencés a tus padres de ir a la Escuela Nacional de Música

—Ése es el verdadero comienzo. Yo quería estudiar música y que me llevaran a la Escuela de Música, donde ya estudiaban mis amigas. A los 15 empecé a estudiar canto y guitarra, y teatro. El teatro me dio un montón de herramientas, como conseguir un *sponsor*, manejar una consola de luces o pararme en el escenario, además de viajar mucho por el interior.

—¿Las canciones llegaron en Rocha?

—Sí, en Rocha. Dos meses después de haber empezado a aprender guitarra ya estaba haciendo canciones con los tres acordes que sabía. Eran horribles, pero era un ejercicio. Las tocaba para mis amigos después del liceo, eran medio pobretonas, pero sentía una imperiosa necesidad de hacerlas y cualquier excusa servía. Siempre me gustó la ficción, entonces inventaba muchas cosas que no me habían pasado realmente. Después, con una compañera de guitarra hicimos un dúo con el que tocábamos versiones de [Eduardo] Darnauchans, Fernando Cabrera y [Eduardo] Mateo. Tocamos un tiempo con ese dúo y después en alguna bandita con otros músicos de allá, con quienes terminamos haciendo mis canciones, agarrando calle. Luego me vine a estudiar a Montevideo y arranqué a hacer canciones como una desquiciada.

—Ése sería otro principio: romper el cascarón familiar y emigrar a la capital.

—Ese momento fue especial, me explotó todo. Pasaba días sentada sola, en ese sillón, haciendo canciones. Dejar el pueblo atrás, que es lo único que conocía, fue todo un viaje. Aunque en realidad el primer año viví en una residencia de



Florencia Núñez, durante la entrevista con la diaria. \* FOTO: PEDRO RINCÓN

monjas Capuchinas, con otras 70 estudiantes del interior. Una habitación con seis chicas, algo interesante.

—Una diferencia importante con otros lugares del interior, en este caso ventaja creativa, es la costa rochense. Es el escenario de varias canciones: “Cabo”, “La casa en la playa”, “Julio y San Juan”. En esos lugares, la característica quietud del interior se revierte durante algunos meses del año.

—Sí, son escenarios distintos. Incluso La Paloma y Rocha no son iguales entre la gente de mi generación, al menos: los primeros hablan de “vos”, mientras que los segundos dicen “tú”. La costa incide directamente en las canciones. “Julio y San Juan” es una canción para la playa del faro de La Paloma; para mí la libertad en algún momento era andar en bicicleta por la costanera de La Aguada y Costa Azul. Cambió mucho mi manera de ver la costa después de venir a Montevideo. Hay un antes y un después en mi manera de ver las cosas. Una de las cosas que más extraño es el mar, para mí ir a la rambla aquí no es lo mismo.

—¿Y qué rol jugaron las canciones en esa libertad que mencionás?

—Fueron fundamentales, porque sin esas canciones no tendría la libertad que tengo, no me sentiría plena. Fueron una vía de escape ante un montón de cosas que me estaban pasando, que no entendía y me estaban costando. El lugar, la vocación. Arranqué facultad, pero al segundo año me di cuenta de que eran cosas que me aburrían. ¡Yo quería hacer canciones!

—¿Qué significa llegar al disco?

—Trabajo, muchísimo esfuerzo mío y de quienes me rodean, hasta de mi familia, que ahora sí me da para adelante, porque les cambió la manera de pensar. Es como un sueño cumplido. Si pienso en aquel coro en el que empecé con ocho años a estar hoy con 23, presentando un primer disco, tocando en los lugares que estoy tocando y con la gente que estoy

tocando, me parece un sueño. Tendría que bajar diez cambios y darme cuenta de lo que me está pasando, porque no es fácil ni todo el mundo tiene suerte de que le pase.

—Repasemos cómo lograste el disco y los caminos que te llevan a editarlo de forma independiente

—Gané el FONAM, que me dio dinero para grabarlo. Después, los Fondos de Incentivo Cultural eligieron el proyecto para la edición física y el lanzamiento, y además un privado, que también apoyó el proyecto. Respecto a los sellos discográficos, no le ofrecí mi disco a ninguno porque de alguna manera nos gustaba -con María Rama, mi productora ejecutiva- todo el trabajo que veníamos haciendo con los fondos y la autogestión. Entonces dárselo a un sello era tirar todo por la borda. La independencia es un camino elegido, porque tiene otros beneficios, aprendés cosas que jamás hubieras aprendido. Ahora pienso así, capaz que más adelante cambio de opinión. Pero de esta forma tenemos el control de todo, desde la imprenta a lo que te imagines; controlás todo el proceso.

—En el disco hay un montón de detalles que antes no se tenían en cuenta y forman parte del proyecto, por ejemplo el *backstage* de las fotos de portada y otros elementos que, a primera vista, poco tienen que ver con las canciones, pero también suman.

—Es que estudié Ciencias de la Comunicación y tengo muchos amigos con cámara. En esa carrera fui adquiriendo conocimientos que también me ayudan a lo que hago, pero me estoy metiendo en un baile que no sé si podré bailar por mucho tiempo. Es muy lindo ver todo lo que estamos haciendo, disfruto hasta de poner los discos en la bolsita de nailon. Hay una gran barra de amigos -además profesionales- que están dando una mano. Es como que somos muy guachos, pero con tremendo rostro y ayudándonos entre nosotros.

—En tu generación están haciendo cosas muy interesantes, pero una cosa que no entiendo. Si bien quieren vivir de lo que hacen, trabajan para cubrir costos, ¿Por qué?

—A mí me encantaría poder pagarle a todos, a los músicos, al que filma, a todo el equipo, pero no tengo con qué. Ésa es la verdad, yo trabajo de otra cosa también. Lo ideal sería que todos cobremos por esto, ojalá algún día sea posible. Sería maravilloso pagarles a tus amigos por lo que mejor saben hacer y lo que más les gusta. Es todo un tema la autogestión. Muchas veces digo: “Putá madre, están todos metiendo y no puedo darles nada más que la amistad y el cariño.” Pero bueno, también es cierto que es un primer disco, es algo que me tendré que replantear en los siguientes discos.

—Hiciste una tesis sobre cantautoras uruguayas. ¿Qué está pasando con las cantautoras de tu generación?

—Hay una libertad para hacer cosas que no había 30 años atrás, y por eso se ven más. Te puedo nombrar varias chiquillinas de mi edad que están haciendo cosas bien interesantes: Luciana Mocchi, Papina de Palma, Josefina Martino, Belén Cuturi, que sacó disco el año pasado, o Ximena Bedó, que acaba de sacar el suyo. Para animarse debe haber una cancha pronta para recibirlo o no rechazarlo; y hay una coyuntura favorable en Uruguay para que no las reciban a tomatazos. Además, ahora no es solamente hacer las canciones y que estén buenas -aunque sin eso se cae el resto-, sino que también está bueno tener una buena imagen, las comunicaciones interrelacionadas y bien manejadas. Evidentemente hay una diferencia con sólo tener las canciones y nada más, es otra cabeza y hay que cuidar otros frentes. Si tenemos todos los jugadores, vamos a cuidar los frentes para que no nos hagan goles. Nos puede faltar calle como músicos, pero no por eso vamos a descuidar lo que sabemos. ■